k.

Sandro está inmerso en mi ordenador con un aire ilegible. No me sorprende.

* ¿Desde cuándo?

No hago como que no entiendo la pregunta. Sé de qué me está hablando, pero aun así no siento que eso me concierne, quiero decir que para mí los artilugios electrónicos me traen sin cuidado y es precisamente de lo que trata su pregunta por la mueca disgustada y sardónica que pone.

* Dos años.
* Se nota. Menos mal que usas el antivirus si no este trasto sería un desastre total o un agujero negro inútil. ¡Bueno! Voy a actualizar todo lo que puedo y sobre todo verificar que todo está bien…

Ha recalcado lo de “todo”, su manera de hacerme saber que no le engaño lo más mínimo y que conoce perfectamente mi indiferencia hacia “todo” este aparato y su contenido. Frunce las cejas, la mirada anclada en la pantalla mientras teclea con velocidad cosas que me parece lenguaje extraterrestre. Sonrió levemente.

* ¡Bueno! De acuerdo. Si eso preparo algo de cenar para luego… ¿Te parece bien?
* Mm…

No me contesta envuelto totalmente en su tarea. Es una de las pocas personas que conozco que puede perderse en un ordenador y olvidarse por completo del mundo. Es como si el artilugio esté tuviera la capacidad de primero engatusarlo y segundo de fascinarlo hasta la desmedida, es decir desaparecer a todo lo que no es la pantalla y lo que le trasmite. Lo miro un momento embaucada con la visión de este hombre completamente ajeno a todo. Lo echo en falta en este preciso momento, incluso sabiendo que dentro de poco estaremos otra vez juntos. ¿En todos los sentidos? ¡Vaya pregunta que me hago! A mí sí que se me están nublando los sentidos. Más vale no pensar en esto y enfocarme en el contenido de mi frigo y de mi alacena. Menos mal que soy de las que siempre tiene suministros “por si acaso” surge un imprevisto.

 Dos horas más tarde Sandro aparece en el resquicio de la puerta de la cocina. ¡Se me ha ido la olla! De hecho, se me han ido varias de ellas confeccionando varios platos de comida. No cocino mucho, pero cuando me lo propongo soy de cocinar varios platos a la vez.

* He terminado…
* ¡Yo también! Si quieres pasamos al comedor…
* ¿Por qué? Esta cocina es muy acogedora. Dime donde está todo para poner la mesa y luego te ayudo a recoger.

Miro a mi alrededor. ¡Genial! ¡Parece la cocina de Mickey Mouse en la primera película Fantasía! Me sonrojo un poco. Normalmente no suelo ser tan poco cuidadosa. Sandro sonríe poniendo la mesa, luego me ayuda a poner todos los tiestos y demás utensilios en la máquina de lavar platos. Lo demás lo lava en el fregadero con eficacia y rapidez. Sandro siempre ha sido muy apañado en una casa. Nos sentamos después de traer las cacerolas encima de la mesa. Nos servimos con los mismos gestos de la convivencia, esa costumbre doméstica de los años pasados. Parece que algunas cosas no cambian pase el tiempo que pase. Es bueno y es amargo, un recordatorio de lo que tuvimos, de lo que hubiéramos seguido teniendo si no me… ¡Mejor no seguir pensando en eso! No es el momento. No hablamos mucho y creo creer que es por lo bueno que está todo. Acabamos la cena. Le preparo un café bien cargado. El café y Sandro son como dos dedos de la mano, siempre juntos todo el día. Recogemos todo y nos encaminamos a mi despacho. El ordenador resplandece encima de ese enorme buro que tengo como mesa de trabajo o de ocio. Sandro me señala mi excelente silla ergonómica con una sonrisa, esa sonrisa tan suya, y se sienta a mi lado en una silla que ha recogido del salón. Tengo algo con las sillas, me gustan muy cómodas sin importar que sean bonitas, modernas o de diseño. Lo principal es que se esté a gusto en ellas.

 Sandro me pone delante cuatros retratos de los jóvenes asesinados que parecen ser fotos que se toman en eventos oficiales como cuando se recibe un diploma o un premio. Se les ve poco sonrientes, pero ciertamente vivos. Aprecio que me haya sacado estas cuatros de la carpeta llena de fotos más personales que Sandro me ha descargado en mi ordenador. Me permite ver el parecido asombroso que tienen y también las sutiles diferencias que los hacen únicos.

 Ramón García Menéndez. Tenía 21 años, era el más viejo del cuarteto, nada en él destaca, parecía un chico del montón, con ojos marrón claro, unas facciones bastante corrientes, unos pelos cortados sin ningún estilo, el típico corte que se hace para asearse. Medía casi uno ochenta y era de complexión delgada. No parecía haber tenido afición a los deportes, pero se le notaba que era un muchacho sano de una manera natural. Una leve sonrisa bailotea en los labios finos y bien delineados. Lo que recuerdo haber leído de sus aficiones y demás peculiaridades es poco relevante. Por lo visto su existencia consistía a vivir sin más las cosas que se le ponían por delante. Supongo que todos hacemos por igual o, ¿no?

 Cristóbal Pérez Galdo. 20 años a punto de cumplir los 21 por una semana, nada de particular sobre este chico. Ningunas pasiones o adicciones o cosas que le interesaba más que las demás. Un punto en común con su infortunado compañero de matanza. Mismo atuendo que el precedente chaval, un jersey de mangas largas sin ningún logotipo, dibujo o letra, un par de vaquero al estilo de hoy en día, es decir talla baja, rasgos comunes, ojos de color avellana, parecía normal sin más, misma talla que Ramón, suela poco sonreír en el retrato, hay una cierta seriedad en él, pero puede que sea por las circunstancias en el momento de tomar esta foto. Nada atrae mi atención cuando miro detenidamente la página glaseada de la foto.

 Tomas Ramírez Gutiérrez. 20 años, de sonrisa fácil y amplia, un hoyuelo discreto en la barbilla, el más alto de los cuatros con su casi metro ochenta y cinco. Parecía un poco más fornido que sus compañeros de desdicha, aunque eso puede ser por ser más alto. Creo recordar que estuvo una temporada dedicándose a hacer ejercicios para muscularse, pero lo dejo bastante rápido sin que haya habido algo de especial que lo impulse a tomar esta decisión. Supongo que fue un deseo momentáneo de ejercitarse y que perdió su interés en un momento dado. Nos pasa a todos frecuentemente este tipo de comportamiento, interesarnos por algo y dejarlo poco tiempo después por razones muchas veces pocas claras o lógicas. Los pelos al igual que los dos otros están recortados sin ninguna peculiaridad estilística y nada en él parecen demostrar que es más que lo que muestra en esta foto. Los ojos se ven igual de marrón que los dos muchachos anteriores, pero quizá con un brillo peculiar debido a la flamante sonrisa.

 Lucas Prado Martínez. 20 años, una nariz algo más aguileña, pero tan levemente que solo una buena mirada puede destacarla. Ninguna sonrisa asomándose por el rostro y un aire ausente que posiblemente se debe al momento. Los pelos del mismo corte aburrido que los demás muchachos, un metro ochenta, de complexión delgada, usaba unas ropas que son casi idénticas a las de sus desafortunados compinches de tragedia. Hay una cierta dulzura en este chaval, aunque no es muy evidente vislumbrarlo, es una impresión ya sea por sus rasgos bien definidos o quizá por la manera de enfocar la mirada. No destaca más que los otros, aunque un poco sí. Supongo que al estar con él se podría sentir mucho mejor esa suavidad que parecía tener. De niño tuvo algunas aficiones - o hobbies como lo llaman ahora - como el dibujo, unos cursos de música, deporte de combates, ju-jitsu, boxeo y lucha, si bien recuerdo. Por lo demás parece ser un chico corriente y normal que iba por la vida sin más ni menos.

 Aquí están los cuatros chicos. A primera vista no tienen nada de especial, sin embargo, alguien o varios han decidido que eran lo suficientemente fueras de lo común para que se les dé ese tipo de muerte y de sepultura. Me toca encontrar que es ese “algo”, porque es el meollo de este asunto, el lazo que une cuatros jóvenes que no se conocían y aparentemente no tenían nada que ver los unos con los otros. ¿La excepción podría ser NTT? Quizás… Eso queda por demostrar. Miro los cuatros retratos que podrían casi ser intercambiables si no fuera porque aquí hay cuatros seres humanos distintos, particulares, esenciales y únicos. Miro de soslayo a Sandro que no se ha movido de su asiento mientras inspeccionaba cuidadosamente con lupas los retratos. Ya sé. Muy a la Sherlock Holmes, pero ¿quién puede afirmar que no lo hacía porque la vista no la tenía del todo bien como es mi caso? Me mordisqueo el labio inferior, un mal hábito reflexivo cuando me siento algo molesta. ¿Es relevante para mí y mi objetividad saber quién de estos cuatros jóvenes es el ahijado de Andrews e hijo de un amigo de Sandro? No quiero preguntar.

* ¿Quién es el…?

¡Mierda! A eso se le llama un acto irreflexivo. Sandro me sonrie y sé que entiende mi dilema. Sabe cómo funciono, me ha visto muchas veces manos o, mejor dicho, pensamientos a la obra.

* Lucas. Se llamaba Lucas y es esta foto.

Apunta con el dedo a la cuarta foto. No sé todavía si eso es bueno para mí saberlo ya que he escuchado como se le ha endulzado la voz y visto como se le ha enternecido la cara. Tendré que tenerlo en cuenta o no, según. Suspiro para mis adentros. No puedo hacer más por ahora. Tendré que dejar que estos rostros y los demás informes entren en mi mente y haga su trabajo de investigación. Las conjeturas y posibles pistas no vendrán hasta que lo tenga todo bien analizado en mi mente. Sandro no dice nada. Me deja cavilar. De hecho sabe que no puedo manejar más por hoy. Podría hablarme de Lucas, pero sé que no lo hará, por ahora, no es el momento. Se acerca lentamente a mí, dándome opción para apartarme. Su cara es de jugador de póker, pero sus ojos son anhelantes con una pregunta imprecisa en ellos. Se para a un palmo de mi cuerpo, sus ojos clavados en los míos.

* Me tengo que ir…
* Quizás…
* ¿Quizás sí o quizás no, Tilda?
* Te podrías quedar a dormir aquí, tengo una habitación de invitado y está lloviendo a mares…

Hasta que lo digo no me he percatado que así es. Los truenos son ensordecedores y algunos relámpagos dan repentinos haces escalofriantes de luz. Los crujidos de la casa me dicen bastante sobre lo fuerte que está siendo la tormenta. ¿Más de la que estoy desatando aquí mismo con Sandro? Me mira con una mirada hambrienta y sé que esta noche no hay vuelta atrás. Ha llegado hasta mí y quiero que esté cerca de mí. Sandro da un pasito para atrás y me extiende la mano. Deposito la mía algo temblorosa en la suya. No me acuerdo si he puesto sabanas en la cama de la otra habitación, pero… ¿A quién le importa realmente?